

ANUARIO 1998
CENTRO DE ESTUDIOS AERONAUTICOS Y DEL ESPACIO
FUERZA DE CHILE

LA ETICA Y LA TECNOLOGIA *

Monseñor Bernardino Piñera Carvallo**

Me siento un poco confundido al hablar de un tema del cual no soy especialista y sobre todo ante un auditorio como el de ustedes. Pero más que eso, me siento muy contento de este contacto con la Fuerza Aérea de Chile. Como Secretario y luego como Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, he tenido muchas oportunidades de conversar con gente de nuestras Fuerzas Armadas, y siempre me he quedado con la impresión que la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas se conocen poco y más de una vez las dificultades que podamos haber tenido en el diálogo, se han debido a esa falta de conocimiento y a mentalidades tan diversas. Pero al mismo tiempo, siempre he percibido todo lo que tenemos en común, el sentido de la disciplina, el sentido del deber, el sentido del sacrificio, una Visión idealista de la vida. Para mí es un verdadero agrado y les agradezco el honor que me han hecho al invitarme esta mañana y les agradezco la satisfacción que significa para mí este contacto que estoy teniendo con ustedes.

Vamos a estudiar la relación entre la Tecnología y la Ética, que es un tema que me han pedido, considerando primero lo referente a la Técnica y luego reflexionando sobre la Ética, especialmente en cuanto inspira la conducta del Tecnólogo. Haré al final una referencia más directa a la Fuerza Aérea, aun cuando no la conozco mucho.

A.- La Técnica

Empecemos con la Técnica. Durante muchos siglos la técnica se desarrolló al margen de la ciencia, ya sea porque la ciencia no existía, ya sea porque constituía una disciplina reservada a una elite de intelectuales, movidos por la curiosidad de saber, pero ajenos a afanes de utilidad práctica. La Técnica se confundía con la artesanía y en esa línea alcanzó un desarrollo notorio, pero que siempre permaneció a escala humana.

Es a partir de fines del siglo XVIII o comienzos del siglo XIX, cuando los científicos elaboran técnicas sofisticadas que requieren para su buen manejo otro tipo de hombres que el artesano. Al artesano le sustituye el Ingeniero; el ingeniero tiene que estudiar la ciencia, la física, la química y luego la biología; tiene que aprender el lenguaje matemático y luego hacerse responsable de las técnicas elaboradas por los científicos a partir de su ciencia. El ingeniero convierte el saber en poder; convierte la ciencia en técnica.

La artesanía mantuvo una relación pacífica con la naturaleza y con el hombre. Cualitativamente y por ser manejada por hombres, pudo ser agresiva frente al uno y a la otra, la guerra, la caza, la domesticación de los animales, las grandes construcciones, hechas posibles por el trabajo de los esclavos, significaron sufrimientos inmensos a hombres y animales, aunque también y tal vez en mayor medida la agricultura y la crianza de animales, la minería, la industria textil, la cerámica, la escritura, la medicina, las máquinas simples, la rueda, la palanca, la vela o el arado, aliviaron inmensamente el trabajo humano y aumentaron el bienestar del hombre. Pero, cuantitativamente, perjuicios y beneficios quedaron a escala humana, limitados en sus efectos nocivos como en sus efectos benéficos.

La cosa cambió con la técnica, hija de la ciencia. La ciencia amplió considerablemente los límites del saber humano y la técnica, nacida de ella, aumentó inmensamente el poder del hombre sobre la naturaleza, y también sobre los hombres. El problema ético planteado por la tecnología es triple.

Primera pregunta: ¿es capaz el hombre de manejar en forma responsable el poder de que dispone?, ¿no se le escapará de las manos como en el caso de Chernobyl, o en el problema de los residuos nucleares que no se sabe donde sepultarlos?

Segunda pregunta ¿hasta qué punto puede el hombre dirigir el poder que le da la técnica sobre la naturaleza?. Una cosa es usar la técnica para aumentar y mejorar la producción de bienes y servicios para el bienestar de los hombres y otra cosa es explotar la naturaleza más allá del límite de lo sustentable, agotando las materias primas y las fuentes de energía en detrimento de las futuras generaciones, agrediendo la flora y la fauna en forma irremediable, haciendo desaparecer o extinguiendo para siempre especies animales y vegetales, necesarias para mantener el equilibrio ecológico, polucionando el aire, hasta hacerlo irrespirable, el agua hasta hacerla imbebible, la tierra, hasta envenenar sus productos vegetales y los animales que viven de esos vegetales; o cambiando el clima del planeta, su temperatura, el nivel de las aguas, la capa de ozono, la cantidad de oxígeno o de anhídrido carbónico en el aire.

Tercera pregunta, ¿hasta qué punto pueden los hombres dirigir el poder que les da la técnica sobre otros hombres? La guerra, ustedes lo saben mejor que yo, incluye el destruir y el matar, como medios puestos al servicio de un fin, éticamente aceptable o deseable, la defensa de la patria o el orden o la justicia, o incluso la paz "Si vis pacem para bellum ", decían los romanos y se habla hoy día del poder "disuasivo " de los armamentos. Pero el hombre se equivoca a veces en cuanto a los "fines". Tiene tendencia a considerar legítimo lo que le conviene o lo que otros le han habituado a considerar legítimo, y ocurre a menudo que ambas partes en litigio están subjetivamente persuadidas de que el fin que persiguen es legítimo. Por lo que la ultima palabra la dicen los "medios" y cuando estos medios son productos de las más avanzadas tecnologías, cuando los medios son "exocets ", armas biológicas y químicas, o bombas de hidrógeno, los hombres y la naturaleza pueden sentir pavor y la misma tecnología puede quedar sepultada, en medio de las secuelas por ella producidas.

Le preguntaron a Einstein después de la II Guerra Mundial, ¿con qué armas creía él que se pelearía en una eventual III Guerra Mundial? - "No sé - contestó él -pero en la que vendrá después de esa, en la cuarta, se peleará con palos y con piedras". La tecnología víctima de su propio progreso, y el ingeniero reducido a un vulgar pandillero de barrio.

B.-La Tecnología a favor y en contra

De hecho la Tecnología se ve interpelada desde el Humanismo que defiende al hombre, desde el Ecologismo que defiende la naturaleza, desde la Filosofía, que quiere establecer una relación justa y viable entre el poder artificial de la técnica y el orden natural del mundo, y desde la Teología que quiere establecer también una relación justa entre el poder y la libertad del hombre y la voluntad de Dios.

La Tecnología es necesaria para atender a las necesidades de los hombres, y lo es también para satisfacer a los reclamos de la naturaleza. Ni el humanismo, ni el ecologismo, pueden oponerse a la técnica de manera absoluta. Alemania logra, con todo su progreso industrial, mantener un alto porcentaje de su territorio cubierto de bosques, gracias a su tecnología. Una buena tecnología puede no solo evitar los daños que una mala tecnología hubiera impuesto al entorno, si no que puede reparar esos daños cuando no son excesivos. La tecnología encuentra sustitutos adecuados a muchas materias primas y fuentes de energía no sustentables, y que podrían eventualmente agotarse, y puede prevenir o reparar los trastornos del clima o protegernos en contra de ellos. No se trata por lo tanto de terminar con la tecnología, como tampoco de terminar con la economía, con la empresa, con la industria, con los robots, con las computadoras; se trata de verlo todo desde más arriba y de someterlo todo a una ética universal y bien fundamentada.

La Empresa aparece como la gran defensora de la Tecnología que ella utiliza y maneja para maximizar y optimizar productos y servicios y con ellos sus ganancias, creando un clima de consumismo que, a su vez* plantea problemas filosóficos y teológicos y también problemas económicos y sociales. Pero la técnica tiene también otros defensores: diría más, todos somos sus apasionados defensores, nadie quiere entregar su auto, su televisor, su refrigerador, o su computadora, nadie quiere volver a los caminos de tierra, a los viajes en barco que demoraban meses o a escribir con plumas de ganso, y a secar la tinta con arena, menos a que le saquen las muelas con alicate y sin anestesia. La técnica es la que hace posible que 6.000 millones de hombres tengan hoy día que comer, que la vida se haya alargado en 10 años o más, para la mayoría de los seres humanos. La técnica es la que nos permite escuchar en nuestro hogar la Pasión según San Mateo de Bach o el Requiem de Mozart.

La Política es la llamada a poner orden en esta realidad conflictiva, a velar porque la empresa, la ingeniería y la tecnología atiendan eficazmente a las justas necesidades de todos los hombres sin sacrificar los de mañana a los de hoy, y al mismo tiempo a defender la naturaleza, patrimonio de la humanidad entera, de la cual los hombres nos sustentamos y que no podemos dejar que se empobrezca o se destruya; y por fin a establecer la justicia entre los hombres y entre los pueblos, para que lo que producen, la naturaleza y el esfuerzo de los que saben, pueden y trabajan, alcance para satisfacerlas necesidades razonables de todos los hombres, aun de los que sean incapaces de contribuir a su producción.

La Técnica tiene que ser controlada y no puede dispararse sola o estar al arbitrio de quién quiera tenga interés en usarla para beneficio propio. La Técnica tiene que estar subordinada a la Política, en el sentido más noble de esta palabra y la Política tiene que subordinarse a la ética. Y la ética a una Visión

exacta de lo que es el hombre y su destino, y cuando se habla del hombre y su destino, hay que escuchar a las religiones. Y hay que escuchar la voz del que dijo de si mismo que: "el que lo veía a El, estaba viendo a su Padre ", estaba viendo a Dios.

Muchos debates que hoy se dan todavía a nivel de especialistas o de intereses de personas o de grupos, se darán mañana a nivel de las religiones, de las éticas o de las filosofías, la técnica se dejará regir por la sabiduría.

Y ahora pasamos al tema de la ética.

C. - La Ética

Contrariamente a lo que se pudiera creer, al oír tanta queja sobre la corrupción de las costumbres, nuestro tiempo sufre - diría yo - de angustia ética. Nunca creo yo se había hablado y escrito tanto sobre ética como en estos días. Nunca ha habido tantos comités de ética, de bioética, de ética de los negocios, etc.. La preocupación de ustedes por las relaciones de la ética con la tecnología que ustedes manejan, es compartida por los empresarios, por los médicos, por los políticos. Y los grandes temas que nos angustian o apasionan son de carácter ético, la delincuencia, la corrupción, la violencia, las tensiones sociales, la pobreza, la marginación, la injusticia, la gobernabilidad de los pueblos, el divorcio, el aborto, el control de la natalidad. Sentimos que algo falla en la conducta humana, que muchos se están portando mal, que tal vez nosotros también nos estemos portando mal.

Hasta no hace mucho, para nosotros los occidentales, los latinos, los hispanoamericanos, los chilenos, había una referencia clara y sólida: eran los 10 mandamientos y la 8 bienaventuranzas; pero, para muchos, estas referencias hoy día se han alejado, se han desdibujado. El año pasado hubo aquí en Chile un congreso de juristas y uno de los oradores dijo esta frase que leí yo en la prensa. Dijo: "Se han promulgado en el mundo en los últimos 150 años, 35 millones de leyes en el mundo entero, 35 millones de leyes para ayudar a cumplir los 10 mandamientos". Muchos han abandonado, en la teoría o en la práctica, esta referencia bíblica. Otros la consideran válida para ellos, pero no creen que se le pueda imponer como una regla quienes no la reconocen como válida. Vivimos una especie de caos o, al menos, de complejidad ética y es lo que genera esa angustia ética a la que me he referido.

Vamos a tomar un ejemplo: "La Adicción a la Droga". He tomado este ejemplo, lo que parece estar ajeno a los que nos reúne esta mañana, porque creo que todos tenemos presente y es algo nuevo, y es algo claro que nos ayudará a comprender la complejidad de los problemas éticos; y luego volveremos a la técnica.

Que un joven consuma droga, podría considerarse como una decisión personal y privada en la que nadie tiene por que meterse. Pero resulta que el drogadicto tiene que comprar la droga, y para eso necesita dinero y muchas veces no lo tiene, y si no tiene dinero roba y si aquel a quién le esta robando se resiste lo mata. Y robar y matar son hechos públicos en los que la autoridad debe intervenir, hechos que interesan a carabineros, investigaciones, poder judicial, gendarmería, etc...

Pero hay algo más. La droga no se vende en el mercado, o en la farmacia. El comercio de la droga es clandestino, es ilegal es reprimido por la autoridad, por lo tanto es riesgoso y, por eso mismo deja, grandes ganancias a quienes enfrentan ese riesgo y se dedican a él, y mucha gente pobre, o cesante, o con pocas ganas de trabajar, con horario fijo y poco sueldo, se dedican en las poblaciones y en todas partes a este negocio bien retribuido; son los pushers y entre ellos habrá muchos drogadictos, que ven en el narcotráfico la posibilidad de satisfacer su adicción.

Los pushers o detallistas, son provistos de la droga por mayoristas, los dealers. Estos deben importar o exportar la droga en grandes cantidades, en forma clandestina; para hacerlo usan sin duda el soborno, la corrupción, toda clase de fraudes. Es en el "narcotráfico" en que se dan muchas inmundicias, muchas faltas a la ética. Alguna vez los traficantes de drogas caen presos. Toda una maquinaria se pondrá sin duda en movimiento para conseguir que sean liberados o que puedan, desde la cárcel, seguir con su negocio. Ahí entra en juego la corrupción. Las sumas enormes que deja el narcotráfico - todos los negocios de alto riesgo son también de altas ganancias -, no son fáciles de justificar ante los controles financieros estatales. De allí el "lavado de dinero" que da origen a otro tipo de actividades clandestinas y delictuales.

Paz Ciudadana, de cuyo consejo yo soy miembro, se dedica a estudiar el problema de la delincuencia, de su prevención y de su represión, en todos sus aspectos. No sé si se ha metido afondo en el tema de la droga. Pero no hace mucho se hizo un estudio en la población penal y se estableció un hecho significativo: un alto porcentaje de los encarcelados declararon que, de niños, habían sido maltratados en sus casas por sus padres y por sus madres, y más a menudo por sus padrastros o madrastras. ¿No habrá una relación de causa-efecto entre un hogar mal constituido o que funciona mal y la delincuencia?, ¿no habrá también una relación de causa a efecto entre un hogar que falla y la drogadicción?. Hay que preguntarse ¿quienes son los drogadictos, y por qué han llegado a serlo?. En algunos casos la respuesta es clara: vienen de hogares pobres, de familias que no funcionan bien, carecen de alicientes en la vida, tienen muchos deseos insatisfechos, se sienten frustrados, el barrio en que viven está lleno de drogadictos o de vendedores o traficantes de droga; un amigo les hace probar la droga y, por unos instantes entrevén el paraíso, el único paraíso que tienen a mano, al que tienen acceso; se hacen drogadictos. Pero hay también drogadictos en hogares ricos, en que los niños tienen de todo, en colegios de lujo, con buenos profesores, buenos orientadores, canchas de deportes, ¿por qué se hacen drogadictos? Tal vez por descuido de sus padres, por la ausencia de ellos en el hogar, por falta de diálogo con sus niños, tal vez por el ambiente egoísta, materialista, consumista que se vive en el hogar y que los priva de horizontes espirituales, de paz interior, de alegría sana.

Vemos como un problema técnico, la droga, viene a parar en un problema de sentido, o falta de sentido, de la vida, en una estructura socioeconómica materialista, en un problema familiar íntimo, de falta de convivencia sencilla y cariñosa. La ética no se da por compartimentos comunicables, la ética lo atraviesa todo.

He dado un ejemplo precisamente partiendo de algo que pareciera técnico, el problema del narcotráfico, el problema de la drogadicción y viendo como nos trae necesariamente al problema familiar, a una buena relación entre padres e hijos, a un problema de justicia social, de superar, por ejemplo, la marginación, de preocuparse de las condiciones de justicia en la vida humana.

D.- Fuerza Aérea: Tecnología y Ética

Pasemos ahora a los problemas que nos atañen más de cerca; vamos ahora a la Fuerza Aérea, a la tecnología de que dispone y a su impresionante capacidad de destrucción y de muerte, a la similar capacidad de que dispone o pueda disponer cualquier potencial enemigo. ¿Qué dice la ética de esto?

La respuesta inmediata la sabemos todos: los conceptos de disciplina militar de patriotismo, de guerras justas, de leyes de la guerra, de derechos humanos, de las poblaciones civiles y también de los militares, siguen vigentes y se van perfeccionando día a día. En nombre de esos principios y de otros semejantes, las Naciones Unidas intervienen en Irak o en Bosnia y los diplomáticos se mueven por el mundo entero. Existe sin embargo la fundada sospecha que, más fuerte que la ética, son a menudo el interés y el poder, y que estos muchas veces interpretan la ética según su conveniencia. Se podrá decir que eso siempre ha sido así, incluso que la misma fe cristiana, el mismo mensaje evangélico aparecen como impotentes para impedir el mal uso o el abuso de la fuerza, incluso cuando la tecnología le da a la fuerza una dimensión amenazante. Se puede pensar desde luego en todos los sistemas de acuerdos, de tratados, de alianzas, de organizaciones internacionales, de fuerzas disuasivas, que procuren alejar el peligro de la guerra. Todo eso es necesario. La diplomacia es necesaria, es buena, hay que apoyarla, pero no basta. El problema ético del uso de la fuerza es más profundo, llega a la raíz del hombre. Así como la delincuencia o el narcotráfico tienen sus raíces últimas en carencias sociales, familiares o espirituales, así también la guerra y el peligro de guerra, tienen sus raíces en el ser, en el corazón del hombre.

La causa última de todos los males del mundo es quizás la misma que veíamos en nuestro ejemplo, la adicción; no digo drogadicción, digo la adicción.

Adicción es dependencia, es esclavitud, es pérdida de la libertad. El hombre no sabe ser libre, tal vez no quiere ser libre. Hace ya muchos años Erich Fromm escribió su libro célebre "Escape from Freedom", traducido al castellano como "Miedo a la Libertad", parecía una paradoja: uno escapa de la cárcel, escapa de la esclavitud. No, decía Fromm, los hombres escapan de la libertad. Queremos ser esclavos.

Por cierto que buscamos el amo que nos guste; este será la droga, el alcohol, el tabaco; será el placer o el sexo; será el juego, las carreras, el fútbol, cualquier deporte, será el dinero, el consumismo, el afán de aparentar, será el saber, el afán de estar informado de todo y opinar sobre todo; será el poder, el ser respetado, temido y obedecido, el ser más que los demás; será el honor, el prestigio, la fama, la gloria, ser admirado, ser alabado. Y eso se vuelve una adicción.

El objeto de la adicción no es necesariamente malo, puede incluso ser bueno en sí. Lo malo es la misma adicción. No es malo, no es necesariamente malo, lo que se desea. Es la intensidad desordenada con la cual se desea, eso que es un bien. Lo malo es lo que pasa en el sujeto, es el ansia por lograr el objeto de su adicción, que le impide realizar otros fines mucho más importantes y necesarios, es el darse por entero a un solo aspecto de la vida, por lo general muy secundario y descuidar, subordinar o ignorar todo lo demás, y en particular olvidar el fin último de la vida, lo que da sentido a todo lo demás.

El hombre debe recuperar su libertad En ser libre consiste su dignidad. Para el creyente, Dios y sus Mandamientos constituyen la referencia absoluta a la cual adhiere libremente con todo su ser y desde la cual juzga todas las demás referencias relativas. El que no tiene fe, o cuya fe es vacilante, debe construirse lo mejor que él pueda, un sistema de valores, de principios y de fines, bien ordenados, al cual someterá su actuar, juzgando cada cosa y cada caso a la luz de un principio superior Y conservando la libertad para hacer lo que piensa y siente que debe hacer y no lo que tiene deseo, a veces incontrolable, de hacer O sea actuando como un ser libre, no como un adicto.

¿Cuál es la adicción, me he preguntado, que pudiera tentar un aviador que pilotea una poderosa máquina de guerra, o un jefe que tiene bajo su mando una fuerza aérea de gran potencial bélico? Podría ser la adicción al poder, a la fuerza, a la violencia que atemoriza, destruye y mata. El aviador debe resistir esa tentación, no debe volverse adicto al poder y a la fuerza, debe permanecer libre subordinando la fuerza y el poder que él maneja a valores más altos, la justicia, el bien común de todos los hombres y mujeres de su país y también el bien común de todos los hombres y mujeres del mundo, el servicio de los necesitados, la paz, la caballerosidad en el trato, el coraje, no solo cuando llegue el momento de usar legítimamente del poder y la fuerza, sino también para evitar o temperar su uso.

El aviador, en su dignidad de hombre que conserva el control de sí mismo, en su libertad de hombre que no se deja dominar por adicción alguna, ni por pasión desordenada alguna; en su obediencia a su escala de valores éticos, positivos, es un educador del pueblo chileno: en la disciplina, el orden, el cumplimiento del deber, el control de sí mismo, el servicio al prójimo, la responsabilidad y también en el perfeccionamiento profesional en la capacidad y eficiencia científica y técnica, en el trabajo bien hecho, en el perfecto dominio de los instrumentos que maneja.

El niño, instintivamente, admira sus Fuerzas Armadas, admira tal vez especialmente al aviador, que en la soledad del espacio maneja como un virtuoso, una poderosa máquina de guerra. Esa admiración debe crecer y debe volverse educativa y formadora para el joven, a medida que conozca más de cerca y, en algunos casos, pueda ponerse en la escuela de nuestra aviación de guerra.

A los aviadores de guerra chilenos yo les diría: sean excelentes aviadores, dominen las técnicas de que disponen, porque todo lo que uno hace debe uno hacerlo bien, y eso ya es una fundamental lección de ética. Estén siempre dispuestos a servir a la comunidad, poniendo su poder y su eficacia al servicio de toda causa justa y buena. Sean amantes de la paz, vean a los aviadores de otros países como colegas, no como eventuales enemigos y ejerzan su influencia para que la Política externa de Chile se inspire siempre en la justicia, en la verdad, en la búsqueda de la paz- Y que vuestra Institución sea para los que la forman, y para los que se forman en ella, una escuela de superación física, intelectual, técnica y moral, donde todos aprendan que el valor supremo del hombre es su dignidad, que descansa en su libertad, que nunca deberá enajenar a la esclavitud de las adicciones o de las pasiones, que son otra forma de adicción, en cuanto privan al hombre del dominio de si mismo. Y si lo que Dios no quiera, llegara el momento de usar del poder que la Patria les ha entregado para su legítima defensa, demos a todos el ejemplo del coraje tranquilo, del cumplimiento sereno del deber, del sacrificio por la familia chilena.

El hombre, su dignidad, su libertad, su ética, primero; la técnica después, y a su servicio.

Notas:

** Conferencia dictada en el Salón Auditorium de la Academia de Guerra Aérea de la Fuerza Aérea, el día 14 de Mayo de 1998, con motivo del VII Aniversario del Centro de Estudios Aeronáuticos y del Espacio.*

*** Bernardino Pinera Carvallo: Nació en París. Estudió Medicina en la Universidad Católica. Se recibió de Médico en 1941. Completó estudios sobre esta especialidad en Cleveland, Ohio. Más tarde cursó estudios Eclesiásticos en el Seminario de Santiago y en la Facultad de Teología de la Universidad Católica. Se licenció en Teología el año 1947. Fue ordenado Sacerdote en 1947. Vicerrector de la Universidad Católica de Chile entre 1950 y 1953. Juan XXIII lo designó Obispo de la Diócesis de Temuco en 1960. Secretario General de la Conferencia Episcopal de Chile, fue nombrado Obispo de la Serena, renunció a su Diócesis en 1977 y paso a residir en Santiago. Ha desempeñado diversos cargos en la Conferencia Episcopal de Chile y en el CELAM.*